

LAS ILUSTRACIONES
ÁNGEL LOOCHKARTT





La historia y el color de Roma en la obra de Ángel Loochkartt

[...] En exudaciones, manchas, estrías y oxidaciones de columnas de mármol, ruinas imperiales, puertas de madera, clavos corroídos, puentes seculares, fósiles, adoquines de basalto, ladrillos, cortezas de árboles, tejas, superficies de bronce, rejas metálicas, muros de contención del Tíber, etc., encontró micromundos fascinantes y de por sí pictóricos.

[...] Cada cuadro es diferente porque corresponde al minucioso registro de un rincón distinto de Roma. [...] Loochkartt nos revela [...] la piel de Roma. No le interesaron sino los exteriores. Y, de lo exterior, las afloraciones que brotaban desde el interior de la infinidad de materiales que paso a paso lo fueron cautivando. Dicho de otra manera, el pintor no se fijó sino en lo que lava la lluvia, que el viento talla luego. El resultado se resume en dos palabras que rara vez se ponen juntas; buena pintura.

ÁLVARO MEDINA. Bogotá, septiembre de 1995



Carta a W. Fliess. Roma, 19 de septiembre de 1901

[...] Debería escribirte sobre Roma, pero es difícil. Fue imponente para mí y, como tú sabes, la realización de un deseo largamente acariciado...

Mientras que mi placer por lo antiguo quedó imperturbable, me fue imposible gozar libremente de la segunda Roma, la tendencia me desconcertaba. Incapaz de disipar el pensamiento de mi propia miseria y todas las otras cosas que yo sabía, me fue difícil admitir la mentira de la redención de la humanidad que eleva su cabeza hacia el cielo. La tercera, la Roma italiana, la encontré simpática y llena de esperanzas.

SIGMUND FREUD



EL COLOR DEL TIEMPO,
EL COLOR DE ROMA

Lovetzky



La Ofrenda del Instante*

GONZALO MÁRQUEZ CRISTO **

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá



El artista pinta lo invisible para que nosotros podamos vernos, percibirnos, hallarnos, y el encuentro siempre está en la libertad, en la imaginación que nunca es sometida.

“Yo pinto para ser libre, es decir para no estar solo —dice Ángel Loochkartt—. Para compartir mi respiración y mi huella dactilar, mi taquicardia... Y para continuar pegado a mi sombra”.

Comprometido a rastrear sus obsesiones, a mostrar personajes del color local, a consagrar sus más intensas soledades, el pintor se aventura a seguirse, y así instaura la alianza: adivina nuestra geología interior. “No es posible buscar afuera, imitar arquetipos. Es necesario adentrarse. La obra impuesta por lo establecido, que pinta el rostro del presente, desaparece con él”.

Loochkartt sigue descubriendo, guiándonos a sus revelaciones incessantes. En los últimos años ha ampliado el espectro de sus temas. Busca el cuadro total, el color encuentra nuevas luces, la forma es más compleja y eficaz. “Lo importante es crecer hacia abajo, enraizarse, hacerse abisal, extenderse en las profundidades”.

El arte es riesgo, danza sobre la cuerda floja. Cada verdadera pintura esconde nuestros próximos ojos, funda el horizonte de nuestra mirada futura, y como en el cuento Zen es posible observarla en la más densa oscuridad.

“Hay que ir siempre en contravía sin estrellarse, accidentando los colores, hiriendo las formas establecidas, extraviando lo que nadie ha perdido, para poder observarnos sin necesidad de los espejos”.

Si en el surrealismo ver significaba imaginar, para Loochkartt es existir y de ahí su vinculación con el tiempo. Su pintura representa algo que está por suceder. Sus

* Tomado de:

<http://pinturacolombiana.blogspot.com/2009/07/angel-loochkartt.html>

** e-mail: comunpresencia@yahoo.com

figuras se mueven como en el sueño, muestran la estela de su transcurrir. Y así como el fotógrafo persigue el instante irrepetible, él lo produce, lo provoca, y todos los elementos de sus cuadros quedan al acecho de su posibilidad existencial, aguardan como felinos el último signo para el salto. Asistimos muchas veces a la poética del abismo.

Su obra es una forma de descifrar el tiempo, de cautivarlo. En sus imágenes eróticas percibimos el curso del deseo, en sus bodegones podemos ver al viento, escucharlo... Los ángeles—tan frecuentes como perversos en su obra— de repente deciden detenerse, el gato Odiseo irrumpie sobre la mesa del artista tumbando sus pinceles, una mujer se desnuda sabiendo que un niño la contempla... La lúcida provocación se alterna con la suspensión de lo onírico.

El artista también testimonia el espíritu del lugar. Su exploración sobre nuestra realidad es vasta y los temas de su pintura diversos. De los controvertidos travestis y hampones, puede ir con facilidad a sus bodegones de frutas tropicales o a la prolífica serie de congos y marimondas del Carnaval de Barranquilla; a los desplazados o a los perturbadores ángeles músicos, y también a las amadoras de Bolívar.

Si a veces la sombra cae sobre el color para expresar la desolación, si reina en la carnavalesca decadencia, si propiciando el deseo muestra su desgarradura, también cuando su pintura se ocupa del día es voluptuosa y las frutas de sus bodegones son carnales, despliegan un erotismo solar.

Cultor de la noche, cree que siempre el ocultamiento conduce a una revelación, que lo prohibido nos expresa más que lo permitido, y que la sociedad solo festeja para destruir. La provocación, la rebeldía, es su actitud intransigente, “solo aquello que me pervierte existe, es”.

Para Loockhart el arte es una descarga que modifica la mirada, un combate sin tregua contra la moral impuesta por el poder. “El erotismo es la propuesta esencial del hombre, la fuerza dadora del latido, el sí vital”.

Su obra, como la de los llamados expresionistas colombianos (Góngora, Granada, Giangrandi, Alcántara, Samudio) recuerda el verso del gran poeta francés Yves Bonnefoy: “La que destruye al ser, la belleza, será torturada”. Y es allí, en su crítica a los cánones establecidos, en su aparente destrucción, donde se renueva, donde hallamos la belleza en lo más precario y marginal. Lo condenado, lo proscrito, los bajos fondos, son una veta de inspiración, o como lo ha dicho el pintor, de respiración, de opción de vida. “A mí no me ha pasado sino lo imposible, lo que ocurre a todos los hombres y pocos pueden advertirlo”.

Su arte es una conciliación con las adversidades de la naturaleza, con las arbitrariedades y esplendores de lo humano. Él no pinta, lanza su pintura contra el

lienzo. Su óleo llueve, graniza en la tela. Es un artista de crueles desciframientos, de delirios, de barrocos espacios tridimensionales.

Las mujeres de cabello en forma de pagoda surgen con rasgos masculinos y los hombres se feminizan. Casi toda su obra es la consagración de la androginia, de la imagen esencial del ángel. También el universo lesbico está mágicamente narrado en su serie de pinturas circulares: Hábitos eróticos de las mujeres etruscas.

Si Malraux pensaba que el arte no es una religión sino una fe, Loochkartt podría cambiar de dios pero no de religión, y buscar no uno, sino tantos dioses como ángeles, hasta hallar aquel que no le de la espalda al mundo.

El verde y el rojo son asiduos en su movimiento interior. El color flota sobre la forma, se desplaza, se desprende de la figura.

“Las manzanas de Cézanne son bellas por aquello que las distancia de las frutas verdaderas. ¿Quién hallará el sitio donde ocultó Picasso los azules? ¿Quién sabe dónde se esconde el amarillo? ¿Qué color me buscará mañana?”, lo escucho decir en mi memoria...

¿Cómo creer después de Van Gogh que el sol no ha cambiado de lugar?

